DESAJUSTES Y DESEQUILIBRIOS EN LA ACTUALIDAD DE JEREZ

(Apuntes iconográficos de la situación)

Los principales mentores de la crisis particular que vive el sector de la vid de Jerez desde hace tres años dicen que éste se ha convertido en un pueblo de «pequeños millonarios».

Sin embargo, la situación coyuntural que vive el marco de Jerez no permite augurar un futuro tan feliz como el presente. «Ya caerán», apuntan algunos mentores, prediciendo la incapacidad de muchos de esos pequeños millonarios que han dejado su puesto de trabajo, para integrarse en nuevas profesiones.

Un mínimo análisis económico de la situación en todo un sector industrial característico de Jerez sería prolijo y complejo y ofrecería perspectivas que se alejarían claramente de nuestro objetivo: ver cuál es la situación social actual de una población de 180.000 habitantes que, por primera vez en la historia contemporánea se ha estancado, según el padrón municipal.

Aún hoy existen en Jerez quienes, con cierto espíritu visionario y no menor vocación de xenófobos, proclaman denodadamente la transformación inminente del pueblo en ciudad.

La verdad es que no hace falta repetir que el gran trauma existencial de esta población nuestra es y ha sido su calidad de rural. Es de justicia pensar que, incluso la arquitectura de Jerez está orientada hacia las grandes extensiones cultivadas de la campiña, casi siempre pertenecientes a un terrateniente andaluz.

Incluso cuando se acerca la conmemoración del 92, el sistema oligárquico implantado en la campiña jerezana desde hace más de dos siglos, con la correspondiente dialéctica amo-súbditos, no hace sino recordarnos que sigue vigente, aunque con las nuevas fórmulas que generan los forzosos cambios sociales.

Esto, que en cualquier otra comunidad alejada de estos predios sería bastante difícil de entender y aún más de consentir, sigue siendo el norte y guía de este pueblo incontestablemente andaluz.

Indiferentemente con que alguien no pueda controlar el impulso de llevarse las manos a la cabeza al leer esta apreciación, lo cierto es que hay que precisar que no se trata de definir siglas políticas o de referir, por enésima vez en tres años de socialismo que «el señorito andaluz es una especie a extinguir».

Aquí se habla de algo mucho más coherente y,

taminan las actuaciones y modelos de vida de la ciudad. En realidad se trata de una disgresión del marco feudal, que busca un acomodo al discurso de los nuevos tiempos. Consecuencia inmediata de la fuerte institución familiar jerezana en la relación de «dependencia», o lo que podemos calificar como «transacción exacerbada padre-hijo». Esta pujante dinámica no sólo es motivo de multitud de traumas, frustraciones y vicios de los habitantes del marco, denotados en sus insuficiencias recreativas e imaginativas, sino que supone la justificación de las formas apuntadas de colonización, feudalismo y los grandes desniveles sociales entre la patronal y los trabajadores.

El paternalismo se reproduce en el trabajador, a quien le gusta sentirse dependiente de su capataz y, en última instancia, del empresario inglés o descendiente de. Esta incapacidad resolutiva, la resignación al amo, por la imposibilidad de situarse en el lugar de «padre» en vez de «hijo», debido a una fuerte componente de indolencia hedonista sureña de los andaluces, junto a la autocomplacencia de dejarse mandar y no pegar el salto a un nivel superior, son las tendencias más sobresalientes de quienes no asumen representatividad social.



Hoy en día, en que se habla más que nunca del cooperativismo, como fórmula productiva de relaciones laborales que trae como novedad la Reforma Agraria, los jerezanos tienen la oportunidad de com-

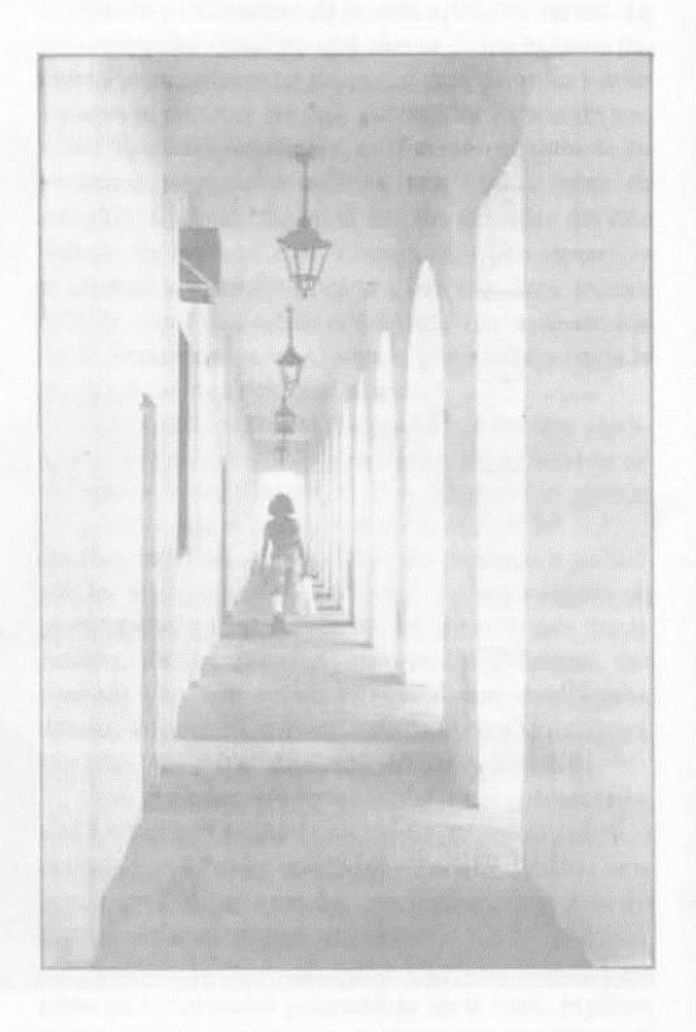
probar si el nuevo sistema tiene visos de funcionar o si, por el contrario, la dependencia del «gran señor» es insustituible. En cualquier caso, sabemos que si el compartimento de las tierras de la campiña fuera a la manera de los riojanos o los vascos, por ejemplo, el producto del vino de Jerez seguiría teniendo la misma calidad y ofreciendo al mundo sus mismas características insustituibles. Eso sí, los beneficios y el reparto de recursos serían más iguales para quienes intervienen en el proceso de producción. Nosotros no queremos inferir con ello que la solución de una posible igualdad de la riqueza en estas tierras, tenga que venir desde el cielo, ya esté en éste el gobierno de la Junta de Andalucía, los sindicatos, los patronos o los partidos con escasa representatividad. La solución estaría en socavar conciencias y vínculos familiares, para normalizar las relaciones contemporáneas de cualquier colectivo social, siendo una tarea ardua que debe partir de la propia iniciativa, muy difícil de aflorar, por cuanto, como hemos visto, las relaciones de dependencia del paternalismo la tratan de adormecer en cada momento.

Signo evidente de esta relación es la negociación del convenio colectivo de la vid, como más destacado de los jerezanos. Cada año, las negociaciones se convierten en diálogos de sordos y, aunque se trata de un convenio con grandes conquistas sociales, la verdad es que no se corresponden con el modo de vida de los conquistadores. Los trabajadores del marco de la vid de Jerez gozan de escaso poder adquisito y se quejan de ello con asiduidad. No es el caso de los empresarios jerezanos, que presumen de estar a la altura de los más grandes de la zona internacional de influencia de los vinos de Jerez.

Llama la atención, por otro lado, y sólo a título ilustrativo, las marcadas diferencias entre tablas salariales de los convenios de la vid de Rioja y Jerez. Aunque se trate de dos modalidades diferentes, ya el AES (acuerdo económico y social) ha recogido por primera vez la posibilidad de negociar un convenio nacional de la vid, lo que nos hace pensar en ciertas afinidades típicas de los sectores vinícolas, al igual que pueden tenerlas los fabricantes de botellas o los trabajadores del sector naval en puntos diferentes de la geografía española.

Mientras que por el convenio de Rioja un jefe superior administrativo debe percibir 94.912 pesetas de sueldo base, contando desde 1984 hasta 1986, al ser la validez trianual, en el convenio del sector de Jerez se establece una retribución de 86.617, con el plus de convenio incluido, para la misma categoría laboral y el año 1985.

En líneas generales, aunque se trata de dos procesos de producción diferentes pero con el mismo denominador común del vino, se aprecian claros desniveles



entre sueldos de capataces, oficiales de 1.ª y 2.ª, etcétera. No obstante, las auténticas razones de la descompensación entre las rentas del sector de Jerez y la escasa riqueza que generan, hay que verlas en la incapacidad congénita de los jerezanos de invertir para un bien común, buscando siempre la inversión en productos y artículos que satisfacen sus necesidades pri-

marias y no precisamente de otro tipo más recreativo o cultural.

EL URBANISMO Y LA ARQUITECTURA

Un análisis iconográfico de las edificaciones y urbanismo en general que configuran el Jerez de la actualidad, nos llevaría demasiado lejos, sobre todo si tuviéramos en cuenta, no sólo a Panofsky, sino a Eco y Hall, entre otros autores destacados.

Nuestro propósito es simplemente hacer ver que el entramado irregular de calles, con sus multiformes y variadas construcciones a uno y otro lado, dentro de unos límites anormales de un típico pueblo andaluz, constituye un modelo de anarquía urbana y centrifugadora para los inquilinos.

Al igual que la idiosincracia particular que los habitantes de Jerez muestran con deleite chauvinista, va influyendo en un tipo especial de construcciones, éstas también repercuten en su estado psíquico y en su predisposición a una vida comunitaria diametralmente opuesta a la de una pequeña metrópolis.

Mientras no se destierre de una vez el popular patio de vecinos super-andaluz, que en Jerez es reproducido artificialmente incluso en los bloques de pisos más modernos, la actualidad social de Jerez se verá abocada al mundo del comentario, del chascarrillo o de la mediatización más insulsa. Cada prototipo de vivienda ha albergado un estilo de vida correspondiente a cada época concreta. De ello a pretender que, por rescatar lo antiguo, debe recuperarse la vida en el patio, hay una gran distancia y no sólo se trata de un anacronismo, sino de una clara insensatez.

Hay que señalar, por otro lado, la paradójica pobreza de locales públicos y lugares de esparcimiento que existen en la trama urbana de Jerez, a diferencia de las ciudades pequeñas y medianas, donde ese tipo de vida interior, centrípeta, oscura y supersticiosa del patio de vecinos se ha tornado en la vida lúdica que favorece un núcleo de población con buenas y numerosas ofertas, que sustituyen afortunadamente las limitaciones del patio de vecinos. Es contradictorio, decimos, que en un lugar donde aparentemente se mueve el dinero, aunque con las especificidades que hemos visto, los locales públicos tiendan a la penuria que demuestran. Recordemos el caso de «Manila» y otros similares. Pues bien, lo que ocurre tiene que ver con el influjo determinante del paternalismo a ultranza del que hemos tomado buena nota. La orden paterna impele a quien la recibe a no aparecer en público, sólo en extraordinarias ocasiones en la que se consume lo mínimo. Ante esta falta de consumo, los pequeños propietarios, no muy peritos y arriesgados, —de aquí la tradicional ausencia de inversión privada—, se ven en la imperiosa necesidad de suprimir o reducir sus negocios. Hasta la fecha, este círculo vicioso mil veces demostrado y denostado, continúa favoreciendo la miseria y tristeza que tiene que soportar un pueblo que adivinamos divertido por naturaleza.

Este hecho no deja de preocupar constantemente a los pobladores de este recinto amurallado por los campos de viñas. Gaitero y Fernández coinciden en apuntar que ya en 1892, Jerez estaba considerada la ciudad más cara de España. «Le pesa mucho su cultura feudal castellana y es mucho más cara la vida social que en cualquier otro lugar», señala Gaitero. Advierte asimismo que en Jerez se distingue una concentración de la riqueza a nivel de capital y de obreros y que existe un gran contradicción debido a la cantidad de gente con poder adquisitivo dividido.

Todas estas apreciaciones, apuntes iconográficos de la situación actual que vive Jerez, están ahí, para quien quiera profundizar en el tema, pasión de cuantos sociólogos se debatan en el estudio de la realidad andaluza y sus derroteros. Por lo que hace a Jerez, alguno ya ha comentado, sin sacarronería, que «somos los más caros de España porque somos los más chulos».

Juan José Peña Burgos